

GIOVANNI BERLINGUER (1924-2015)

La muerte del salubrista italiano fue recibida en nuestro país con un especial silencio. Pocos son los vínculos entre la medicina italiana contemporánea y la nuestra, mucho menos en salud pública. Aunque débil sea el hilo que nos une a su producción, la partida de un inspirador de la salud pública de los años setenta en nuestro continente, de un animador de la salud ocupacional y la ética, no puede ocurrir sin preguntarnos acerca de su significado.

Si Berlinguer es parte de una corriente de la salud pública, alguna quizás hoy francamente minoritaria, las lecciones de su obra no debieran ser ajenas a la de cualquier pensamiento de la salud, que busque comprenderla como hecho colectivo e histórico.

Profundamente atado a los devenires del comunismo durante el siglo XX, la presencia de la figura y la obra de Berlinguer en México, Colombia, Brasil y Argentina es evidente. De este lado de las fronteras, sus obras son poco conocidas y su herencia muy parcial. Esa misma marginalidad es también problemática.

A fin de cuentas, toca a la salud pública local dialogar con su siglo XX, con su tradición intelectual y con sus producciones conceptuales. El comunismo y en un sentido más amplio, el marxismo como sociología de la salud, es una de esas tradiciones que merecen ser revisitadas. Producciones notables de la salud pública chilena como las de Hugo Behm, Hernán San Martín y Gustavo Molina tienen ese cuño, razón de sobra para emprender este diálogo. El homenaje editorial que nuestros colegas de *Salud Colectiva* han realizado en su número de abril/junio 2015 (pp- 137-149) nos confronta con nuestros propios desafíos.